

CRISTOBAL COLON Y LA LITERATURA

A Philippe Scemama

Federico Acevedo

Universidad de Puerto Rico, Río Piedras

Hace algún tiempo conversaba con Alexis Márquez Rodríguez acerca de la naturaleza histórica de dos novelas hispanoamericanas contemporáneas: *El Arpa y la Sombra* (1979) de Alejo Carpentier y *Los Perros del Paraíso* (1983) de Abel Posse¹. Desde la perspectiva de las letras hispanoamericanas contemporáneas, ¿qué sentido tiene que esos novelistas se ocupen de Cristóbal Colón? ¿Cómo valoran su figura histórica? ¿Intentan, acaso, hacer una vez más su hagiografía? ¿Desean, por el contrario, condenarlo pura y llanamente a nombre del anti-imperialismo y dado el genocidio de la población autóctona provocado por su acción? Si se tratara de lo primero estos textos carecerían de interés por su irremediable caducidad. Si fuese lo segundo, ¿cómo dar cuenta de que nuestros orígenes, nuestra bastardía antropológica y cultural se encuentren ahí y de que somos el resultado de la acción colombina? Ambas novelas evitan tanto el escrito hagiográfico como la simple condena en beneficio de una comprensión más compleja no sólo de la realidad de lo acontecido entonces, sino también de lo ocurrido con nuestro devenir histórico. Para hacerlo desplazan la figura del personaje Colón del centro de la acción, se apartan de los cánones de la novela histórica tradicional — que fundaba la acción épica de sus personajes en la homogeneidad axiológica que presidía la narración — y se desarrollan de acuerdo a un relativismo histórico que contradice toda univocidad valorativa, y en primer término, la representada por la tradición católica occidental. Esas novelas aspiran, más bien, a expresar la heterogeneidad que caracteriza los avatares históricos iniciados por la gente colombina.

El relativismo histórico se desarrolla a través de un juego intertextual que instaura un diálogo crítico con los diversos discursos empleados a lo

largo de la historia de nuestra América por los diferentes poderes que se han ejercido sobre ella.

El primero de esos discursos es el del propio Colón, en el que historia y literatura aparecen totalmente imbricadas. Por ello, las relaciones de intertextualidad que ambas novelas mantienen con los escritos del almirante conllevan su desplazamiento y deriva hacia los limbos de la historia.

1 — Colón, productor de textos literarios

Me propongo indagar la función que desempeña la literatura en el hacer histórico del navegante y para ello voy a considerar que el fundamento de su hazaña histórica es el recurso literario de la intertextualidad. Ese recurso es uno fundamental no sólo porque inspira su proyecto y conduce sus hazañas, sino también, porque fija de antemano los resultados y los límites de las mismas.

Las fuentes literarias que se encuentran en el origen de su proyecto, así como los mecanismos empleados para vertir en conceptos conocidos por Colón, es decir, europeos, lo que descubría y nombraba en el nuevo mundo han sido estudiados por varios investigadores. Así, en la elaboración de su proyecto, cuatro libros desempeñaron una función muy importante: *Imago Mundi* de Pierre d' Ailly; *Historia Rerum* de Eneas Silvio, *Historia Natural* de Plinio y *Los viajes de Marco Polo*. Además influyeron en el proyecto, ya fuese por conocimiento propio o a través de estos libros, los conceptos y las ideas de Ptolomeo y Aristóteles, entre otros.

La relación que se establece primero entre Colón y esos textos y, luego, entre ambos y la nueva realidad americana es una de retención. Colón recupera conceptos e imágenes pero también los reforma en la elaboración de su proyecto. Ese proceso puede ser ilustrado con lo relativo a las distancias estimadas por Toscanelli y Martin Behain entre las Islas Canarias y Japón a través de la mar oceánica. El primero la estimó en 3,000 millas náuticas; el segundo en 3,080. Colón redujo esa distancia a 2,400 con miras a hacer viable su proyecto. Así mismo, la distancia entre las Islas Canarias y China fue estimada por Toscanelli en 5,000 millas náuticas, por Behain en 4,400 y por Colón en 3,500.²

Desde el primer momento, aún antes de iniciar su viaje, Colón manipuló el saber de los libros y mapas, alteró los cálculos y las distancias estimadas, para obligarlos a decir lo que deseaba.

Una vez entra en contacto con la nueva realidad americana, pretende asimilarla a lo escrito en aquellos libros y muestra hacia ellos una fidelidad que no había observado antes, cuando elaboraba su proyecto. Así, cuando escuchó hablar de Magón en Cuba, lo transformó en Mangi, provincia china que aparece en el libro de Marco Polo; Cobanacan, es decir, centro de Cuba,

fue traducido por Colón en el Gran Khan, lo que le confirmó que estaba muy cerca de China. Morrison señala que Colón llegó hasta el Cabo Cortés, en el sur-oeste de Cuba.³ Se encontraba a sólo 50 millas del cabo Corrientes desde donde le hubiese sido relativamente fácil descubrir, no solo que Cuba era una isla y no una península, sino que, además, las aguas del Golfo lo habrían empujado hacia los Cayos de la Florida. Pero, precisamente, Colón no quería saber que Cuba era una isla, ya que para mantener la concordancia entre lo leído y lo experimentado, era necesario pensar a Cuba como una península asiática. En la Española escuchó hablar de Cibao, vocablo que tradujo inmediatamente a Cipango, es decir, Japón.

Ese procedimiento de leer sobre la realidad lo inscrito por otros textos produjo situaciones inesperadas. Colón obligó al notario Fernando Pérez de la Luna a tomar una declaración jurada a los tripulantes de sus tres naves (Niña, San Juan y Cardera) en la que afirmaban que no tenían noticias de una isla tan extensa como la de Cuba, por lo que necesariamente, se trataba de tierra firme, que situaban en el continente asiático.⁴ Granzotto informa que Barbetti describe este episodio como uno que, lejos de responder a una actitud irracional, despótica o anticientífica, es, más bien, el resultado de

Un fanatismo de racionalidad, un fanatismo geográfico.⁵

En ese exceso “de racionalidad”, en ese “fanatismo geográfico” podemos ver el fenómeno de la intertextualidad funcionando a plenitud y determinando la aprehensión de la realidad a través de un proceso de ocultamiento.

Luego de haber distorsionado los libros en la elaboración de su proyecto, Colón distorsionó la realidad americana para supeditarla a lo dicho en ellos. Con relación a esta acción de Colón, Beatriz Pastor escribe:

Desde el primer momento Colón no descubre: verifica e identifica. El significado central de **descubrir** como desvelar y dar a conocer se ve desvirtuado en la percepción y en las acciones de Colón, quien, en su constante afán por identificar las nuevas tierras descubiertas con toda una serie de fuentes y modelos precisos, llevó a cabo una indagación que oscilaba entre la invención, la deformación y el encubrimiento.⁶

Beatriz Pastor estudia con detenimiento los mecanismos que el discurso colombino emplea para llevar a cabo esas operaciones:

Desde el momento mismo del descubrimiento Colón no se aplicó a ver y conocer la realidad concreta del nuevo mundo sino a seleccionar e interpretar cada uno de sus elementos de modo que fuera posible identificar las tierras recién descubiertas con el modelo imaginario de las que él estaba destinado a descubrir⁷

y denomina a ese procedimiento “delirio identificador”, que funcionó no solo en la elaboración del proyecto, sino también, y sobre todo, después del descubrimiento. Por ello describe:

Pero su mayor importancia corresponde, paradójicamente, al periodo histórico posterior al momento del descubrimiento en 1492, y, más concretamente, al que abarca los cuatro viajes del almirante con sus sucesivas exploraciones y formulaciones de la realidad del Nuevo Mundo.⁸

Es decir, que en el sistema de representación empleado por Colón se pasa de los libros (D'Ailly, Plinio, Polo, Eneas Silvio, etc.) al mundo y a la experiencia (viajes, descubrimientos, etc.) para regresar a los libros, esta vez los escritos por Colón.

Pero mientras Pastor muestra la continuidad de este proceso en los escritos de Colón y se orienta a explicarlo a través de las características de la época que favorecían una cierta permanencia de los conceptos teóricos, aún cuando los mismos eran combatidos por datos empíricos, así como la ideología “providencialista” de Colón — que culmina en un cierto irracionalismo que sutenta su “esquema ideológico providencialista” — considero que hay, por lo menos, un momento en que esa continuidad es interrumpida. Es decir, que al menos en una ocasión esa relación entre el arquetipo o paradigma y la realidad es alterada, lo que lo obliga a reformular el contenido del paradigma para lograr mantener o confirmar su relación con la realidad.

Cuando dentro del sistema de representación colombino se produce una crisis, entonces aparece y se constituye el tercer momento o aspecto de la relación entre literatura y realidad, que confirma que el mecanismo que regula la relación paradigma-realidad es el recurso de la intertextualidad. Ese tercer aspecto es ilustrado por el memorial del tercer viaje.

Desde el Golfo de Paria, que separa las islas de Trinidad de Venezuela, Colón escribe a los reyes sobre el supuesto de Ptolomeo, en el sentido de que la tierra era esférica:

Y fallé que no era redonda en la forma de una pera, que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el peçon que allí tiene más alto o como quien tiene una pelota muy redonda y en un lugar d'ella fuese como teta de muger allí puesta, y que esta parte del peçon sea más alta e más provinça al cielo y sea debajo de la línea equinoçial, y en esta mar océana en fin del oriente.⁹

Pero si la tierra que ahora contempla es como una teta de mujer y el pezón es el punto más elevado, entonces tuvo que ascender esa pendiente en pleno océano. En efecto, Colón explica a los reyes que, una vez pasadas cien leguas en la longitud de las Islas Azores,

Ya van los navíos alçándose hazia el cielo suavemente y entonces se giza de más suave temperancia y se muda la aguja de marear, por causa de la suavidad d'esa cuarta de viento, y quanto más adelante e alçándose más noroesta y esta altura causa desvariar del círculo que secrive la estrella del norte con las Guardas y quanto más passase junto co la línea equinoçeal, más se subiran en alto y, más diferencia avía en las dichas estrellas y en los círculos d'ellas.¹⁰

Colón sabe que lo que acaba de descubrir representa una ruptura en el proceso epistemológico empleado por él, que consiste en imponerle a la realidad americana los textos conocidos por él.

Lo que experimenta en esta ocasión provoca una crisis en el sistema de representación empleado por él. De ahí la dificultad de armonizar lo que:

Ptolomeo y otros sabios qu'escibieron d'este mundo creyeron que era esférico, creyendo qu'este hemisferio que fuese redondo como aquel donde ellos estaban.¹¹

Para resolver la disonancia que se instala entre los libros y la realidad, Colón reduce la diferencia entre ellas a una falta de información:

Así que d'esta media parte ovo noticia Ptolomeo ni los otros que escibieron del mundo, por ser muy ignoto.¹²

Lo ahora experimentado parece imponerse a lo escrito antes:

y no es una maravilla, porque d'este hemisferio non se oviessse noticia cierta, salvo muy libiana y por argumento.¹³

Por último describe los hechos que informan esa nueva experiencia:

Allí (Trinidad) y en la tierra de Gracia hallé temperencia suavísima y las tierras y los árboles muy verdes y tan hermosos como en abril en las Güertas de Valencia. Y la gente de allí de muy linda estatura y blancos más que otros que aya visto en las Indias e cabellos muy largos e llanos e gente más astuta e de mayor ingenio e no cobardes. Ansí que de todo esto procede por estar más alto en el mundo, más cerca del aire que cuento.¹⁴

Este pasaje implica una revisión completa no sólo de los libros y de las autoridades que le permitieron formular su proyecto, sino, además, de su propia experiencia americana anterior, iniciada el 12 de octubre de 1492.¹⁵ La misma afirma, en cada uno de sus extremos, lo contrario de lo afirmado entonces, pero además, lo ahora experimentado constituye una ruptura con la afirmación aristotélica en el sentido de que la gente y los productos de una misma latitud eran análogos o similares. Mientras que el 12 de octubre de

1492 Colón pudo identificar a los taínos con los “guanches” de Islas Canarias y salvar así lo prescrito por Aristóteles, ahora el clima, la temperatura, el color de la piel y la actitud de los indios no son comparables ni con los Taínos ni con los Caribes de las islas antillanas, mucho menos con los habitantes de la isla de Cabo Verde y de Guinea, que a pesar de encontrarse en la misma latitud, son:

Gente mucho más negra¹⁶

La irrupción de toda esa evidencia produce una crisis en el sistema de representación empleado por Colón ya que los datos acumulados por la experiencia amenazan con provocar una revolución en su paradigma epistemológico. Colón nunca estuvo más cerca de convertirse en hombre de ciencia, en el sentido renacentista y moderno del término, que en ese instante.

Sin embargo, dado que el paradigma está fundado en el recurso literario de la intertextualidad, Colón no puede asimilar la nueva experiencia fuera de este recurso. Así, cuando el conocimiento verificado por la experiencia entra en conflicto con los textos que fundaron su proyecto hasta revocarlos, Colón echa mano de otros textos, de otras citas, de otras palabras para colmar la brecha que esos datos empíricos provocan en su sistema de representación.

La Sagrada Escritura, San Isidro, Beda, Strabo, el maestro de la historia escolástica, San Ambrosio, Escoto, todos afirman que el Paraíso Terrenal se encuentra en el Oriente. Colón, que por su parte está convencido de que se encuentra en el Oriente, explica entonces la significación de la teta de la mujer:

Grandes indicios son éstos del Paraíso Terrenal porque el sitio es conforme a la opinión de estos santos e sacro Theologos.¹⁷

A Colón le es dado localizar y aproximarse al lugar del paraíso Terrenal, pero la recuperación de la inocencia primigenia, la posesión del pezón-placer, es obra reservada de Dios:

Porque creo que allí es el paraíso terrenal, adonde no puede llegar nadie salvo por voluntad divina.¹⁸

En el proceso de restablecer la armonía y la continuidad de su sistema de representación de la realidad, subsiste aún un hecho inexplicado: la fuerza con que el agua dulce del Orinoco penetra en el mar. El almirante formula una explicación natural, científicamente correcta, pero luego la descarta por razón de sus lecturas:

y digo que, si no procede del Paraíso Terrenal que viene este río y procede de tierra infinita, puesta al Austro de la cual fasta agora no se ha avido noticia. Mas yo muy assentado tengo el **ánima** que allí, donde dixere, es el Paraíso Terrenal y descanso sobre las razones y autoridades sobre escripturas.¹⁹

La intertextualidad que emplea Colón, reside en el diálogo que sostiene con otros autores de la tradición literaria, para decir no sólo lo que es, sino más importante aún, lo que:

podría suceder, esto es, lo posible según la verosimilitud o la necesidad.²⁰

De ahí la importante dimensión sociológica de este recurso que incide directamente en el tejido social de la comunicación cultural y que en el ámbito literario suele ser considerado favorecedor del enriquecimiento de la obra debido al dialogismo esencial que contiene. Pero, si la intertextualidad constituye la condición de posibilidad para decir no sólo lo que es, sino lo que debería ser, entonces también fija los límites de lo que es posible decir en un momento dado. Sabemos que lo imaginario no es un imaginario cualquiera, arbitrario y anárquico, es decir, absolutamente innovador y original, sino que lo es de una situación, cultural, particular, concreta, que lo determina. La creación de universos imaginarios se encuentra determinada por esa condición de posibilidad. Sólo que en el caso de los escritos de Colón el producto literario contiene, además, la intención de dar testimonio de una realidad que existe fuera de la dimensión literaria. Es en ese intersticio, entre las exigencias propias del artefacto literario y la intención de dar cuenta del mundo exterior, que la intertextualidad se convierte en una barrera infranqueable para su actividad cognoscitiva.

En el universo creado por el almirante, la autoridad de los libros, la preeminencia del lector medieval sobre el espíritu científico de la modernidad, entonces en proceso de constituirse, los límites que la intertextualidad impone al dato empírico, que alejado de ella aparece como un dato empírico abstracto, al que resulta imposible fijarle un sentido concreto, todo ello, impide que la experiencia americana se constituya por derecho propio y con autonomía en los escritos del Almirante.

Así, la relación de intertextualidad, propia del campo literario, se convirtió en un límite insuperable en el campo de la acción histórica, al convertir a Colón en un y ello le impidió, por ejemplo, conocer que Cuba era una isla, tomar conciencia de que la teta de la mujer era el continente americano o descubrir a México en el cuarto viaje.

El empleo que Colón hace del recurso literario de la intertextualidad es similar al que desempeña ese mismo recurso en las lecturas de las novelas de caballería de don Quijote. En ambos casos la aprehensión del mundo sólo es posible a través de la lectura que hacen de los libros escogidos como

paradigmáticos. Las ideas presentes en esas novelas de caballerías son transformadas, como afirmó el joven Lukács, en ideales.²¹ Es decir, en algo inerte, que no genera conocimientos nuevos. Ese ideal es proyectado luego sobre el mundo. La relación que el sujeto establece con el mundo es una reducción de la riqueza y multiplicidad de la realidad en su esfuerzo por adecuarla al contenido del ideal. A través de la incesante aventura, de la violencia de su acción continua, el sujeto intenta reducir y doblegar la alteridad y la heterogeneidad del mundo al código que informa el ideal.

Colón mostró que si surge un conflicto entre la realidad y las lecturas previas con las que elaboró su paradigma, ese conflicto no se resuelve optando por la aceptación de la nueva realidad, sino buscando otras lecturas, otros autores, otras autoridades, más antiguas, de mayor jerarquía eclesiástica, de un más grande prestigio, si posible, para fortalecer el principio epistemológico en el que encuentra fundado su sistema de representación y eliminar la fisura que amenaza destruirlo.

Las novelas de Alejo Carpentier y de Posse desarrollan su estrategia narrativa a través de un diálogo crítico con los textos de Colón, así como otros textos relacionados directamente o no con la empresa del almirante y sus resultados. Ambas novelas toman deliberadamente libertades importantes con el género de la novela histórica. Encontramos, entre otras, el anacronismo de ciertos personajes, acciones que nunca ocurrieron, citas correctas pero colocadas en un contexto diametralmente opuesto al original de forma a alterar significativamente su sentido e incorporación de opiniones de otros autores que hoy sabemos falsas.

La novela de Carpentier incluye textos de Colón, Las Casas, Roselly de Lorgues, Víctor Hugo, León Bloy, Menéndez Pidal, Paul Claudel, Esteban Echevarría, Salvador Madariaga, las sagradas escrituras, el rey Salomón e Isaías entre otros. La novela de Posse trabaja con textos o ideas, reales o apócrifos de autores existentes o imaginados: Álvarez Gato, Nietzsche, Borges, Nezahualcoyotl, Huamán Collo, Rilke, Henri Corbin, Madariaga, Bromberg, Jean-Louis Cesbron, Fernando de Aragón, Huizinga, Burckhardt, Huexotzingo, Kamasutra, Isaías, Buil, Roldán Dante, Ojeda, Cosmas Indicopleusta, Pierre D'Ailly, René Daumal, Fernández de Oviedo, Chalevoix, Jean-Loup Vasselin, etc.

El recurso de la intertextualidad permite que ambas novelas se aparten del canon tradicional de la novela histórica al otorgarle un sentido radicalmente diferente a la masa textual con la que trabajan.

La historia providencial y su transgresión

El Arpa y la Sombra (1979) es la última novela que publicó Carpentier. Por madurez del estilo, la maestría de la escritura, la presencia de lo lúdico,

el humor y la ironía, pertenece sin duda, a la última etapa o ciclo de su producción narrativa. No obstante, el propio autor señaló, en entrevista que le hice el primero de octubre de 1973, que luego de publicar *La Consagración de la Primavera*, en la que entonces trabajaba, probablemente publicaría una novela que había escrito muchos años antes y que sólo ahora consideraba conveniente hacerlo. Supongo, aunque él no lo afirmó, que se trataba de una versión anterior de *El Arpa y la Sombra*. No sólo porque fue durante su estadía en Francia durante los años 1920-30 que se dedicó a leer sobre América desde los textos de Colón hasta los escritos del siglo XVIII²², sino también, porque su texto sostiene relaciones significativas, en particular la segunda parte titulada *la mano*, con la obra de Paul Claudel, *Le Livre de Christophe Colomb* (1927).

Carpentier conoció y admiró esta obra, tanto en su aspecto literario como musical, desde por lo menos 1931. En los estudios Foniric produjo la grabación de la misma²³ que además, calificó de “grandiosa” y su representación en Berlín de “triumfo estruendoso”.²⁴

El título *El Arpa y la Sombra* proviene de la leyenda Aurea:

En el arpa cuando resuena hay tres cosas:

el arte, la mano y la cuerda.

En el hombre: el cuerpo, el alma y la sombra.

El Arpa, título de la primera de las tres partes en que se divide la novela de Carpentier, relata el origen de la idea concebida por el joven canónigo Mastai, futuro papa Pío IX, de canonizar a Colón con el propósito de unir el nuevo mundo con Europa bajo el patrocinio y la autoridad de la Iglesia Católica. Con ello no sólo intentaba traer al redil de la iglesia a los pueblos de América recién emancipados de España, sino también, fortalecer la lucha de la Iglesia contra las ideas de la Ilustración y revolución francesa, la laicidad, el positivismo y el marxismo del siglo XIX.

El esfuerzo por beatificar a Colón se encuentra inscrito dentro de las diversas reformas eclesásticas propugnadas por Pío IX, autor de *Syllabus* (1864) y de los dogmas de la Inmaculada Concepción (1854) y de la Infabilidad papal (1870). Pío IX solicitó al conde Roselly de Lorgues una biografía de Colón que apareció en 1856.

La Mano, título de la segunda parte, remite la acción, que según la leyenda áurea estaba dirigida a unir el arte y la cuerda, el saber y el instrumento, la forma y el medio, para alcanzar a producir la composición armoniosa, la melodía del arpa. La mano está llamada, según Jacques Leenhardt, a:

rélief la transcendance et l'immanence dans une action au sens fort de ce terme.²⁵

La mano, pues, es el símbolo de la acción colombina. Sin embargo, como señala Leenhardt, ésta no es recogida en el título de la novela que sólo reproduce los títulos del primer y tercer capítulo. Como señalé antes, la estrategia narrativa de Carpentier en esta novela histórica no está fundada en el relato de una acción épica, sino en una construcción intertextual. Esto conduce a poner, digamos, en sordina, a eludir *la mano* del título y con ello el significante de acción es relegado a un segundo plano.

La segunda parte de la novela transcurre en 1506 mientras las dos otras pertenecen al siglo XIX. Colón, en el momento de su agonía, se erige en juez severo que examina con rigor las acciones pasadas. De esta manera se soslaya el aspecto épico de sus hazañas, mientras se subraya el significado moral, o su ausencia, en las mismas. Carpentier escinde el personaje de Colón entre el de, por así decirlo, carne y hueso, el falible, y el que tiene conciencia de la dimensión histórica que en principio, cree que le corresponde. La lucha entre esas dos conciencias se desarrolla según un riguroso juego intertextual con los escritos del almirante. El desenlace de ese enfrentamiento no favorece el valor épico del personaje, sino que reafirma su debilidad moral cuando decide, una vez más, recurrir al engaño. Por ello sólo dirá al confesor aquello que:

... pueda quedar escrito en piedra de mármol.²⁶

La acción de *la mano* en este caso es reducida a la de una conciencia juzgándose a sí misma. La acción en su vertiente histórica o épica sólo aparece como objeto del juicio moral que revela las insuficiencias, limitaciones, contradicciones y engaños cometidos por Colón.

Carpentier lleva a cabo una parodia del texto de Claudel en varios sentidos. La obra de este último comienza en el albergue de Valladolid donde Colón en víspera de su muerte se encuentra viejo, pobre y enfermo. El coro lo invita a salvar la distancia que representa la muerte y al Colón hacerlo se desdobra inmediatamente en Cristóbal Colón I y Cristóbal Colón II. A partir de ese momento ambas conciencias se enfrentan. Aparecen también elementos de un proceso judicial dirigidos por el Opositor y el Defensor en torno al libro de la vida y viajes de Cristóbal Colón, en el que además, participa el coro. Por último, en la cuarta escena de la segunda parte, Colón dialoga con la sombra de Colón.

En la obra de Claudel las relaciones paródicas adquieren mayor pertinencia y significado en lo relativo a los vínculos entre Isabel y el almirante. El sultán Miramolin regala una paloma a la joven Isabel, que tenía reunida su corte en Mallorca. Ella le coloca un anillo en una pata y la libera. La paloma llega al taller de la hermana de Colón en Génova, cuando éste decide hacerse marinero y viajar hacia el oeste. El anillo simboliza que el almirante se ha casado con la "voluntad de Dios" y, a través de ella, con

la tierra entera. Pero también es el símbolo de la relación entre Isabel y Colón.

Claudiel establece una relación altamente espiritual, por no decir francamente mística, entre los dos personajes. Al final de la obra la escena *El paraíso de la idea* reproduce la escena XI del primer acto, pero ahora todos los personajes están de blanco y no hay profundidad alguna en el espacio en que se desarrolla la misma. Antes de llegar al paraíso del amor los personajes se detienen en este paraíso de la idea que representa la luz intelectual. En esa escena los mensajeros que Isabel envió a pedirle el anillo a Colón regresan frustrados. El almirante se negó a devolverlo y en su lugar le envía una mula vieja que Isabel acepta jubilosa y en la que se dirige al Cielo donde implora que permitan la entrada de su "hermano" Cristóbal Colón.

La obra de Claudiel reafirma que el amor de Isabel por el navegante es uno sublime y espiritual, único que conviene a su moral católica.

El texto de Carpentier lleva a cabo una transgresión de la ortodoxia católica que fundamenta la obra de Claudiel. Carpentier desacraliza esa relación al convertirlos en amantes carnales.

La Sombra, título de la tercera parte, es lo que queda del hombre una vez desaparecidos el cuerpo y el alma, es decir, los instrumentos de la acción. Esa sombra se extiende no sólo a la acción-mano de Colón y al proyecto-arpa de Mastai, sino también al juicio para la beatificación del almirante celebrado bajo los auspicios de la sacra congregación de ritos cuando era papa León XIII.

Carpentier persigue un doble objetivo: primero, ridiculizar los esfuerzos desplegados por la Iglesia Católica en ese proceso fallido de beatificación, revelar el carácter político de los designios de Pío IX, así como la naturaleza reaccionaria de la lucha de la Iglesia contra el pensamiento progresista del siglo XIX. Al hacerlo, ajusta cuentas también con la tradición literaria católica francesa y su concepción providencialista de la historia. Segundo, la figura de Colón es objeto de una desmitificación doble: la que lleva a cabo el propio Colón al juzgarse a sí mismo y la que se produce como resultado del proceso de beatificación.

Carpentier incorpora las razones ofrecidas en ese proceso para negarle la beatificación: su concubinato con Beatriz de Harana, el establecimiento de la esclavitud, el robo de la pensión vitalicia de 10,000 maravedís anuales a Rodrigo de Triana y la asignación testamentaria de esa pensión a Beatriz:

... por mi descargo de la conciencia, porque esto pesa mucho para mi ánima. La razón d'ello non es lícito de la escrevir aquí.²⁷

Colón, invisible, presencia el proceso celebrado cuatro siglos más tarde y comenta:

Hoy por demasiado admirarme, algunos amigos míos me jodieron.²⁸

Andrea Doria explica la condición de ambos y critica un cierto tipo de historiografía:

No olvides que tú y yo pertenecemos a la categoría de los Invisibles. Somos transparentes. Y como nosotros hay muchos que no pueden perderse en el infinito de su propia transparencia alejándose de este mundo cabrón donde se les levanta estatuas y los historiadores de nuevo cuño se encarnizan en revolver los peores trasfondos de sus vidas privadas.²⁹

En el recuento y jerarquización que hacen de diferentes personajes históricos aparece el anti-Colón: Simón Bolívar, que:

deshizo lo que tu hiciste...³⁰

El proyecto de Mastai pretendía, entre otras cosas, cerrar la brecha abierta por la acción emancipadora de Bolívar. Su fracaso valida la gesta bolivariana. *El General en su Laberinto* (1989) de Gabriel García Márquez, con su probable invitación a un sano y discreto olvido de la conmemoración del quinto centenario de la hazaña de Colón, parece haber ocupado el espacio creado por esa antítesis Colón-Bolívar. En todo caso, es con irrisión que Carpentier trata el día de la raza cuando escribe:

... Bartolomé Cornejo que en San Juan de Puerto Rico abrió, y con la anuencia de tres obispos, la Primera Casa de Putas del Continente, el día 4 de agosto de 1526 — fecha memorable, aquella, que algo tuvo ya de “Día de la raza”, puesto que allí laboraban mozas traídas de la Península, porque las indias, que nunca habían practicado el tal oficio, ignoraban las mañas que tú y yo bien conocemos... ¿eh marino?³¹

Vuelto a su condición de:

Hombre-condenado-a-ser-como-los-demás³²

Colón parece comprender los límites que la intertextualidad impuso a su entendimiento de América:

Un día frente a un cabo de la costa de Cuba el cual había llamado yo Alfa-Omega, dije que allí terminaba un mundo y empezaba otro: otro Algo, otra cosa que yo mismo no acierto a vislumbrar... había rasgado el velo arcano para penetrar en una nueva realidad que rebasaba mi entendimiento porque hay descubrimientos tan enormes — y sin embargo posibles — que, por su misma inmensidad, aniquilan al mortal que a tanto se atrevió.³³

Pero aun ahí, en el momento en que Colón reconoce las limitaciones de su comprensión de América, y a pesar de encontrarse reducido a su condición de invisible y, sobre todo, por ser sólo un personaje de la novela de Carpentier, no puede resistir la tentación de alcanzar una nueva (¿última?) relación de intertextualidad, esta vez con la Medea de Séneca. Luego de citar los versos que describen las hazañas de Tifis, premonitorias de las suyas, y que terminan:

Nada ha quedado como antes
en un universo accesible en su totalidad³⁴

Colón recita los que aluden a su destino final:

Tifis que había domado las ondas
tuvo que entregar el gobernalle
a un piloto de menos experiencia
que, lejos de los predios paternos
no recibiendo sino humilde sepultura
bajo el reino de las sombras oscura...³⁴

El invisible se desvanece y regresa al reino de las sombras, a esa especie de limbo de la historia al que lo condena Carpentier.

La Corrección de la Transgresión

Colón, durante el examen de conciencia que lleva a cabo en *El Arpa y la Sombra*, se lamentó de sus relaciones con Isabel:

Grande tormento padece, quien, siendo de la raza común del vidrio feble, se arrima a los filos del diamante.³⁵

Posse parece fijarse en este pasaje cuando describe las relaciones de Isabel y Colón de manera diferente. Isabel, provocadora, baila en torno de Colón, que cae al piso bocarriba mientras ella le coloca el pie sobre su pecho.

Era una especie de terror sacro – similar al que puede producir la irrupción de lo numinoso(...) Colón en la penumbra, hizo pucheros pero no pudo llegar al desahogo del llanto. Sintió algo novedoso: su sexo se retraía como el caracol que descubrió el peligro.³⁶

Dado que Colón no pudo tener relaciones sexuales con Isabel, tuvo que sublimar su deseo en lo que Posse denomina un “pan-oragismo”.

Fue sólo un instante, pero de larga delicia. Un instante, más intenso que toda una vida de asceta o de profesor de latín.³⁷

Amparado en esa nueva relación de hechos, Posse corrige a Carpentier:

(Por eso yerra el gran Alejo Carpentier cuando supone una unión sexual, completa y libre, entre el navegante y la soberana. La noble voluntad democratizadora lleva a Carpentier a ese excusable error, pero es absolutamente irreal. La intimidación del plebeyo fue total en el aspecto físico. Total, en cambio, fue su descaro metafísico y así alcanzó la liberación del panorgasmo).³⁸

La ironía de esta “corrección” es múltiple. En primer término, se trata de una ficción que corrige y rectifica lo dicho por otra ficción, en nombre de una pretendida “verdad” o, al menos, verosimilitud histórica.

Esa “verdad”, sin embargo, no posee mayor referencialidad que la enunciada por Carpentier. La verosimilitud exigida por Aristóteles para decir lo que “podría suceder” descansaba en la mimesis. Ahora, tanto Carpentier como Posse en la necesidad interna del discurso narrativo mismo, en descansan sus supuestos intrínsecos y no con relación a un referente que se encuentra fuera de él, es decir, en la realidad histórica. En segundo término, esa “corrección” le permite crear un espacio aparentemente libre de interferencias ideológicas al asignarse a la “noble voluntad” política del escritor cubano la responsabilidad por la falsa e irreal representación de las relaciones sexuales entre el almirante y la reina católica. La ironía reside en el “como si” efectivamente Posse estuviese rectificando la afirmación carpenteriana desde una verdad histórica, dictada a partir de un espacio no-ideológico, “como si” su novela se encontrase al margen de procesos ideológicos y de juicios de valor. En realidad, lo que Posse propugna no es corregir a Carpentier en nombre de una verdad histórica, sino una nueva escritura en la que la “corrección” confirme, en última instancia, lo negado por ella, mientras desaparece el carácter explícito que poseen los valores ideológicos en las novelas históricas del escritor cubano. Es por ello que la “corrección” desmiente a Carpentier en el plano fáctico, pero lo recupera o reconduce en el plano moral ya que ni la reina ni Colón logran alcanzar una dignidad superior a través de esa “corrección”. El almirante, debido a su condición innoble de vasallo, sublima su deseo en un atrevido “descaro metafísico”, mientras que la reina católica aparece incluso más promiscua, menos solemne aún, que en la obra de Carpentier. Desde joven su sexualidad activa fue notoria. Su matrimonio con Fernando era indescable para la corte:

Para los poderes establecidos resultaba bien claro que la unión de aquellas fuerzas, compelidas por una cósmica eroticidad, tendría por resultante una mutación política, económica y social sin precedentes (...)

De no poder impedirle aquella conjunción de los adolescentes angelicales y salvajes, el mundo entero debía prepararse a los horrores de un renacimiento.³⁹

Para defenderse de esas intrigas y llevar a cabo su matrimonio Isabel crea la S S. Una nota al calce de la novela de Posse explica:

No es misterio, para autores como Pauwels, Sánchez Dragó y otros que Hitler expresó a Goering y sus allegados su incondicional admiración por Isabel de Castilla. Austriaco y cursi al fin, el Führer llevaba un escapulario de felpa amarilla que encerraba una espigueta de trigo manchego y un retrato de Isabel. (N. del A.)⁴⁰

La “corrección”, en realidad, radicaliza la degradación moral de la reina.⁴¹

La tensión sexual acumulada por Colón es liberada, años después, cuando pasa tres días con Beatriz de Bobadilla en Islas Canarias:

Fue lujuria, pura sensualidad, sin mácula de amor. Los cuerpos iban encontrando su propia ley de violencia-ternura sin pesadas invasiones de la metafísica (¡esa vieja beata del occidente explicando, logorreica, el color de los pájaros!)⁴¹

Al término de esa experiencia y mientras cuatro doncellas lo bañan, Colón:

Maravillado, sintió que el tiempo se demoraba en un tiempo de gerundios⁴²

El Paraíso Encontrado

La verdadera felicidad del Colón de Posse rebasa, sin embargo, los límites de la plenitud sexual con Beatriz de Bobadilla y se encuentra en el regreso a la inocencia original. Posse toma apoyo en el memorial del tercer viaje en el que el almirante relata su encuentro con la localización general del Paraíso Terrenal. Mientras que en el memorial Colón afirmó no haber entrado al Paraíso ya que a él sólo se accede por “voluntad divina”, en el texto de Posse penetra y se instala en el árbol de la vida. En ese preciso momento coinciden la mayor gloria del descubridor, el cumplimiento cabal de su misión providencialista, con el necesario olvido que ese descubrimiento impone por haber alcanzado la inocencia primigenia.

Tres consecuencias, insoportables para la Iglesia Católica, los militares de oficio, los aventureros de todo género, las prostitutas y todos los que vinieron a probar fortuna en América, se imponen: no se celebrarán más misas, pues el hombre, devuelto a su inocencia primera, no necesita ya de la redención de Cristo; la desnudez y la prohibición del trabajo. Estas dos últimas son recogidas por las ordenanzas de la desnudez y del estar respectivamente, que dictó el Almirante.

El encuentro en el Paraíso Terrenal se constituye en negación del contenido del proyecto colombino que autorizaron los Reyes Católicos. Como consecuencia de esa negociación, el padre Buil y Roldán se apresuran a arrojar a Colón del Paraíso Terrenal, a devolverlo a España y a desalojar de la mente de todos la intolerable utopía del Paraíso Terrenal. Erradicada toda idea de utopía, América Latina quedaba en manos de militares de cuartelazos y de la Iglesia Católica, cuya fortuna proviene de la administración inteligente y eficiente de la culpa.

Es a propósito del Paraíso Terrenal y de la utopía que cristalizan las diferencias más importantes entre *El arpa y la sombra* y *Los perros del paraíso*. El universo que presenta el texto de Carpentier es uno exangüe, agotado, cerrado sobre sí mismo. Si bien es cierto que en él, América aparece liberada del peso del mito colombino, es igualmente cierto que la novela se detiene abruptamente y América queda como una especie de tábula rasa, de página en blanco, sobre la que Carpentier no escribe nada. Ese detenerse en una “negación de la negación”, sin alcanzar la síntesis favorecedora de los nuevos desarrollos, proviene probablemente, del hecho de haber sido escrita muchos años antes de su publicación. Es decir, que no encontramos en ella ni la aspiración a la transformación de la realidad, que caracterizaba sus principales escritos antes de la revolución cubana, ni al escritor de la revolución que narra su historia victoriosa, ni mucho menos, al que revoluciona la revolución (cf. *Concierto Barroco*).

En este sentido la novela de Posse va mucho más lejos al afirmar que el Paraíso Terrenal se encontró en los orígenes de la América nuestra y que la Iglesia Católica y los militares lo destruyeron. Adjudicadas las responsabilidades históricas, la desaparición de esas dos instituciones aparece como condición necesaria (¿suficiente?) para la recuperación de aquel Paraíso Terrenal. Y como toda acción posee un sujeto, Posse encuentra en aquellos “perros que no ladran” descubiertos por Colón en, curiosamente, Cuba, ese sujeto de la acción rebelde dirigida contra el ordenamiento eclesiástico-militar de nuestra América:

Insignificantes, siempre ninguneados, ahora en el número eran un solo animal grande y terrible. Causaba miedo esa enorme presencia pacífica y silenciosa (...) Desde entonces merodearon por los campos y poblaciones silenciosas, desde México hasta la Patagonia. Algunas veces, acosados por el hambre extremosa, atacaron rebaños y caballadas (en los virreinos del Río de la Plata y de Nueva Granada abundan relatos de estas agresiones episódicas, hasta llegaron a aislar algún fortín militar ya entrado en siglo XX). Por ahí andan esos seres irrelevantes que nadie inscribiría en ningún “Kennel Club.”⁴³

Esclarecidos nuestros orígenes, denunciados los enemigos, identificado el sujeto de la transformación histórica, Posse parece afirmar que el porvenir

de nuestra bastardía antropológica y cultural se encuentra en la construcción-recuperación del Paraíso Terrenal, por aquellos perros que Colón nunca escuchó ladrar.

NOTAS

- 1 Alejo Carpentier, *El Arpa y la Sombra*, México, 1986, Abel Posse, *Los Perros del Paraíso*, Barcelona, 1987.
- 2 S. E. Morrison, *Admiral of the Ocean Sea*, Boston, 1942, p. 68.
- 3 Ibidem, p. 465.
- 4 Ibidem, p. 466. Beatriz Pastor, *Discursos Narrativos de la Conquista: Mitificación y Emergencia*, Hanover, N.H. 1988, p. 29.
- 5 Gianni Granzotto, *Christopher Columbus*, New York, 1985, p. 219.
- 6 Beatriz Pastor, op. cit. p. 5.
- 7 Ibidem, p. 22.
- 8 Ibidem, p. 18.
- 9 Cristóbal Colón, *Textos y Documentos Completos. Relaciones de Viajes, Cartas y Memoriales*, Edición, prólogo y notas de Consuelo Varela, Madrid, 1982, p. 215.
- 10 Ibidem, p. 215.
- 11 Ibidem, p. 215.
- 12 Ibidem, p. 216.
- 13 Ibidem, p. 217.
- 14 Ibidem, p. 216.
- 15 Ibidem, pp. 30-31 con relación a esto, Posse (op. cit. p. 166) afirma: "En la verdadera vida del almirante, el día que sigue al 12 de octubre de 1492 es — curiosamente — el 4 de agosto de 1498". Con ello Posse subraya la continuidad entre el primer descubrimiento, el de América y el del segundo, el del Paraíso Terrenal. Este último contiene, sin embargo, la diferencia específica representado por la ruptura epistemológica que afectó el discurso colombino.
- 16 Cristóbal Colón, op. cit. p. 216.
- 17 Ibidem, p. 218.
- 18 Ibidem, p. 218.
- 19 Ibidem, p. 220.
- 20 Aristóteles, *Poética*. Edición trilingüe de Valentín García Yebra, Madrid, p. 157.

- 21 Georg Lukács, *La Théorie du Roman*, Paris, 1962, p. 92.
- 22 César Leante, “Confesiones Sencillas de un escritor Barroco”. *Alejo Carpentier*. La Habana, 1977. p. 63.
- 23 Ibidem, p. 64.
- 24 Alejo Carpentier, “Darius Milhaud en Zapatillas”. *Obras Completas*, Vol. IX. México, 1968, p. 270.
- 25 Jacques Leenhardt, “Ecrire l’histoire”. *Sud*, Marseille, 1982, p. 81.
- 26 Alejo Carpentier, *El Arpa y la Sombra*, p. 347.
- 27 Cristóbal Colón, op. cit. p. 335.
- 28 Alejo Carpentier, op. cit. p. 376.
- 29 Ibidem, p. 374.
- 30 Ibidem, p. 375.
- 31 Ibidem, p. 375.
- 32 Ibidem, p. 377.
- 33 Ibidem, p. 377.
- 34 Ibidem, p. 377
- 35 Ibidem, p. 287.
- 36 Abel Posse, op. cit. p. 104.
- 37 Ibidem, p. 104.
- 38 Ibidem, p. 105.
- 39 Ibidem, pp. 45-46.
- 40 Ibidem, pp. 46-47. *El Visitante de Puerto Rico*. 20/2/90, p. 3.
- Informa acerca de la propuesta canonización de la Reina Isabel como parte de la celebración del V Centenario de la llegada de Colón a América. Señala que:
- a través de la historia, la Reina Isabel ha tenido poderosos enemigos que han impedido su canonización en años anteriores, con gran sorpresa de aquellos que conocen su vida en detalle. Sin embargo, un examen crítico y severo de los documentos históricos no pueden probar nada contra ella, sino al contrario mucho a su favor. Incluso los historiadores modernos anglosajones están, a propósito, deshaciendo mucho del daño hecho por la llamada “Leyenda Negra” (Véase *Arbol del Odio. La Leyenda Negra y sus consecuencias en las relaciones entre Estados Unidos y el mundo hispánico*. Philip W. Powee. Editorial José Porrúa Turanzas, S.A.).
- Y concluye que la canonización de “la Señora de la Libertad” es el modo “más solemne de celebrar el V centenario”.
- 41 Abel Posse, op. cit. p. 136.
- 42 Ibidem, p. 138.
- 43 Ibidem, pp. 222-223.